DARÍO SZTAJNSZRAJBER

encuentro

MENTIRA
LA VERDAD.
FILOSOFÍA
CON EL CUERPO.

FILOSOFÍA

LO ANIMAL

LITERATURA

EDUCACIÓN

LO ANIMAL

¿Quién es el otro?
El otro no es. Es otro porque no es. No encaja. No aplica. No tiene nombre. No tiene. Ni siquiera es alguien. Ni siquiera. El otro ni siquiera es. Es el ni siquiera.
No tiene nombre ni entidad ya que si los tuviera ya no sería el otro. Por eso cada vez que lo nombro ya no es el otro, sino lo que nosotros necesitamos que el otro sea. Nosotros hacemos que el otro sea el otro desde el momento en que lo desotramos para incorporarlo como parte de nuestra mismidad. El otro es aquel que siempre queda afuera. Es el afuera...

En nuestra cultura al otro se lo come. Se lo ingiere. Se lo devora. El otro, lo animal. Demasiado otro. No encaja. No aplica. Ser comida es un acontecimiento que se desentiende de su ser vivo. Ser recurso como una parte más del reservorio de materiales que la naturaleza nos provee. El otro es tan otro que es traducida su otredad a necesidad propia. Nadie cuestiona una empanada de pollo o una milanesa de carne. Hay una desconexión que invisibiliza el proceso. Y cuanto más segmentado e incognoscible sea el proceso, mejor. La soberanía del ser humano es básicamente un ejercicio de poder que consiste en convertir a toda otredad en recurso necesario para su supervivencia. Ser soberano es disponer del otro. Pero una cosa es disponer de la fuerza de trabajo del otro como en las relaciones sociales de explotación, o disponer del otro en la naturalización de roles preimpuestos como en las asimetrías de género; y otra cosa es disponer de la vida planificada e industrializada del otro como insumo alimentario. Que en nuestra cultura al otro se lo coma significa, al mismo tiempo, según Derrida, que nuestra cultura humana solo tiene sentido y se autoerige a partir del hecho sacrificial de disponer del otro de modo absoluto.

¿Por qué “lo” animal y no “el” animal? Es que no hay ningún criterio que justifique aunar a todas las especies animales bajo una misma rúbrica, salvo su condición de otredad frente al ser humano. Solo un ser humano que se autoexcluye del mundo animal conforma por oposición una realidad homogénea en la cual todos los animales se supone que tienen algo en común. Pero no solo se trata únicamente de una voluntad de autoexclusión sino al mismo tiempo de dominio. Dios, según el Génesis empodera al ser humano a dominar, pero también a nominar a todos los animales como nuestros recursos. Ponerles nombre es conformarlos a nuestra imagen y semejanza; o sea, como parte misma de nuestra

supervivencia. Comer al otro es hacerlo parte de nosotros. La metáfora se retira en todo su esplendor: su carne se vuelve parte de nuestra carne. Derrida nos presenta incluso a nuestra cultura como sarcofagofalocéntrica. Un sarcófago es un recipiente para los muertos, pero etimológicamente significa "comer carne". En un sarcófago la carne se descompone. En una sociedad sarcofágica la carne se procesa y se vuelve una hamburguesa...

La pregunta por lo animal es la pregunta por el límite; o sea, por lo que nos delimita como seres humanos. Nos definimos siempre a partir de una frontera exterior que nos diferencia con lo animal y sin embargo no dejamos de ser animales. Ocluimos nuestro ser animal en un intento desesperado por despegarnos de aquello que consideramos inferior en nuestra naturaleza y por ello asociamos lo animal al cuerpo, a lo cambiante, a lo que se descompone, a lo indominable, a lo bestial, a la carne.
Como si ser humano no fuese más que el intento denodado por desanimalizarnos. ¿Qué es lo animal que hay que domesticar? ¿El mundo animal exterior o el animal que en nuestro interior seguimos siendo?

Domesticar proviene etimológicamente de casa, hogar, morada, de donde proviene también doméstico. Domesticar es hacer de lo animal alguien con quien compartir la casa, o sea hacer de lo animal un "alguien". Ese alguien ya no es un otro, sino un semejante al que asemejamos a cambio de sacrificar su diferencia. O bien condenamos a lo animal al mundo de lo salvaje y lo combatimos, o bien lo cosificamos como recurso alimentario y lo comemos; o bien lo hacemos mascota y lo humanizamos. En cualquier caso, a lo animal lo perdemos.
¿Cómo podríamos conectar de otros modos con lo animal?

La cuestión del límite nos exige poner en discusión la cuestión de los criterios de justificación a la hora de decidir cuando una vida "merece" ser defendida y cuando "merece" ser sacrificada. Si la vida en si misma se vuelve un valor sagrado, no se entiende entonces por qué hay vidas que se anulan para ponerse al servicio de otras. Siempre un grupo que se abroga una supremacía y dispone del resto para su necesidad y supervivencia. El ser humano ha hecho de su supervivencia el argumento central para disponer de la vida de lo animal. Incluyendo al animal humano...

El Así habló Zaratustra de Nietzsche es un libro plagado de animales. En sus primeras páginas el Zaratustra llega a un mercado y se encuentra con la decadencia humana observando a un acróbata caminar por una cuerda tendida en el aire. Zaratustra expresa: “el ser humano es una cuerda entre el animal y el superhombre”. Somos un puente, somos tránsito, no somos nada definitivo, somos ese “entre”.
Lo animal no es cosa del pasado. Como no lo es la niñez. De hecho, en el discurso tal vez más conocido del Zaratustra, el niño es el futuro y no el pasado. Crecer es recuperar la seriedad con la que jugábamos de niños, dice Nietzsche. Del mismo modo un ser humano más libre es aquel que se reconcilia con lo animal. Con nuestro devenir animal...
El superhombre no es un ser humano mejorado, sino el final de la hegemonía antropocéntrica. La venida del animal es la venida también del animal que somos. Pero para poder escuchar a lo animal y recibirlo hospitalariamente tenemos que bajarnos del pedestal en el que nos acomodamos. Abrirse al otro supone siempre antes empezar a salirse de uno mismo...

Dejar que lo animal venga. Con su extrañeza, desde su alteridad. No tanto indagar si los animales piensan sino preguntarnos si los animales sufren. Nos cuesta tanto ser hospitalarios con cualquier ser humano que imaginar la hospitalidad con lo animal parece algo imposible. Pero, como insiste siempre Derrida, es desde lo imposible que se puede empezar a resquebrajar algo de la seguridad que nos provee el estar encerrados en nosotros mismos.
Recibir lo animal es dejar lugar a lo impensado. Para nosotros a los animales se los mata, se los come o se los domestica; pero nunca se los recibe. ¿Será muy diferente el modo en que nos relacionamos con el animal humano? ¿O no hacemos otra cosa que matarnos, domesticarnos, devorarnos? Recibir lo animal. Dejar que el otro venga...

MENTIRA LA VERDAD. FILOSOFÍA CON EL CUERPO.

CAPÍTULO: LO ANIMAL

https://www.youtube.com/watch?v=qGK4e32oWUc&list=PLZ6TIj4tHEIu8WJ6RxMGdLU-mRXD_GVVk&index=7&ab_channel=CanalEncuentro

CONTENIDOS PÚBLICOS | SOCIEDAD DEL ESTADO

encuentro